

dole en las mazmorras de Montjuich y expulsándole después del territorio español.

Volvió a España, y al proponerse Ferrer crear la Escuela Moderna, contó con él; fué el hombre de su confianza, y le hicieron pagar esa amistad nuevamente con la cárcel y el destierro, quebrantando así grandemente su organismo, ya maltrecho por la edad y las fatigas. Pero él era un mentís a la máxima de Juvenal: *Mens sana in corpore sano*. Su organismo se agotaba y su mente se rejuvenecía. A los setenta y dos años, cuando le estaba vedado casi el salir de casa, su inteligencia era tan viva, tan lozana, tan potente como cuando contribuyó a constituir el primer grupo de La Internacional en Madrid, iniciado por Fanelli.

A fuerza de ser bueno, pecaba, como Luisa Michel, Salvachea y Reclus, de cándido. ¡Cuántas veces le resultaron podridos los que él ayudó a levantar creyéndolos puros! Pero no por esto torciéronse jamás sus bondadosas inclinaciones. Consideraba engañado al engañador y le compadecía.

Sus pensamientos eran limpios, su estilo conciso, castizo su lenguaje. Así le llamaron el Pi y Margall de los trabajadores. Aunque no los firmara, se conocían en seguida los escritos suyos. Las verdades que había llegado a conocer o descubrir convertíalas en axiomas tan innegables como el 2 y 2 son 4, que se complacía en repetir siempre que se le presentaba ocasión. De él aprendí la distinción entre ciudadano y productor; él me enseñó lo que el patrimonio universal era, y a no olvidar jamás que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos, a oír el derecho de accesión y tantos y tantos otros conceptos que, por así decirlo, son el alma de nuestros ideales.

Lo veo todavía sentado, corrigiendo pruebas, en aquella que debiera ser famosa imprenta en los anales del anarquismo barcelonés llamada «La Academia», que lo era no sólo de arte revolucionario tipográfico, si que también de ideales emancipadores. Fargas, el maestro de los anarquistas catalanes, había reunido en ella la flor y nata de los tipógrafos idealistas y revolucionarios, convirtiéndola en un foco irradiador. Casi no había uno que no fuera, al menos, un adalid de la causa del trabajo. De los viejos, que yo sepa, no queda más que uno, otro maestro de verdad, Pellicer; de los entonces jóvenes, creo que sólo yo quedo en la brecha. Los viejos murieron. Primero Fargas, después Lluana, ahora Lorenzo. Los jóvenes nos desparramamos por el mundo y no se de ellos. Sino material, moralmente han muerto también. No fueron dignos de sus maestros.

Lorenzo, en cambio, no ha muerto para nosotros. Cuanto nos podía decir lo ha dicho y repetido muchas veces. No tenemos más que releer sus libros, sus folletos, sus conferencias. Allí está todo el caudal de conocimientos que ha sido capaz de acumular en beneficio de todos un trabajador inteligente, perseverante y activo. Dese cuanto antes a las prensas el segundo tomo de *El Proletariado Militante* y la obra de Lorenzo estará terminada, continuará el maestro viviendo con nosotros, lo tendremos cada uno a nuestro lado. ¿Que dónde nació? En la tierra. ¿Sus actos más salientes? Se condensan en uno solo: laborar perennemente para emancipar de toda tutela y de todo prejuicio al género humano. ¿Que de qué murió? De sentimiento al ver que los trabajadores eran tan duros de entendederas. ¿Que cómo podemos honrarlo? Empapándonos de las doctrinas que propagó y siendo, como él, laboriosos, entusiastas y acérrimos en la lucha. ¿Que cuándo murió? Nunca. Soterraron su cuerpo en el cementerio libre de Barcelona, en la falda de la montaña que culmina con el castillo maldito; pero sus escritos seguirán siendo el pan nuestro de cada día para los anarquistas de habla española y seguirá así aconsejándonos.

Yo no puedo avenirme ni con la idea de que su cuerpo esté descomponiéndose, y si algún día, como deseo, puedo volver a Barcelona, he de ir a la calle de Casanova, que tantos centenares de veces hemos pasado juntos contándonos nuestras esperanzas, no sólo para saludar a su compañera y a sus hijas,

dignas compañeras nuestras, si que también para hacerme la ilusión de que juntos todavía hemos de volver del trabajo para iniciar y convenir algún nuevo plan de propaganda. Y el plan saldrá, porque aunque no esté más a mi lado, aunque, como profetizó «desgraciadamente nos veamos apartados para siempre», su recuerdo me inspirará. ¿No dicen que el Cid venció batallas después de muerto? Tú, Lorenzo, las ganarás desde la tumba.

P. Esteve

New-York.



La gloria del maestro

No hay gloria que no haya costado grandes esfuerzos adquirirla y mucha perseverancia después de adquirida para poderla conservar.

El monumento de la inmortalidad no se puede construir si no se eleva por su propia fuerza, sin necesidad de ser apoyada por otra ayuda que el mérito intrínseco de una obra y la voluntad y perseverancia para llevarla a cabo.

Un monumento de piedra, por dura que ésta sea, con los años se desmorona. El monumento cimentado en la constancia y la rectitud no son los años ni los hombres dominados por ambiciosos atavismos capaces de destruirlo. Su aureola brilla por una eternidad.

Criticad la grandeza; haced de ella un fantasma risible y engañoso, pues aunque el creador esté ausente la obra responderá en su nombre.

«El genio es una larga paciencia», decía Fenelón. Todos los que saben resistir, saben vencer, puesto que vencer es el fin de todas las resistencias.

Todo estriba, pues, en saber resistir. Lorenzo vivió, sufrió y resistió, y es esta paciencia en la persistencia de la rebeldía la que ha creado la aureola de su gloria.

No brillará en ningún altar; hecha de la verdad, repudia la ficción y la hipocresía y el engaño la temen.

Algunas veces me he preguntado: ¿Es el nombre quien inmortaliza la obra, o es el nombre el inmortalizado por la obra?

Antonio Llanas



Seamos prácticos

Para honrar y perpetuar la memoria de Anselmo, no hay mejor cosa, a mi juicio, que teniendo siempre presente la obra colosal que ha dejado hecha en defensa del proletariado y en pro de la Idea Anarquista, dejemos a un lado los atavismos rutinarios que nos conducen a la consagración del culto de los muertos, frente a cuyos recuerdos nos postramos en actitud idolátrica.

Con eso no honraríamos su memoria, y si en tal situación nos colocáramos, dándonos por satisfechos con considerarnos sus devotos, con tener un santo más, ese santo, si milagrosamente pudiera vernos, oírnos y hablarlos, nos diría: —No es eso lo que hice durante mi vida, no idolatré a nadie, no rendí culto más que a la verdad; ante nadie me postré. Levantaos y poneos en marcha dejándome en paz, olvidando mi figura que leyes supremas, las naturales, la formaron, y que hoy en estado de descomposición, obedeciendo a las mismas leyes, se disgrega en átomos y células que de mí formaban parte, para seguir como materia viviendo eternamente dentro del gran todo.

—Levantaos y poneos en marcha —nos diría—, para que vayáis por el mundo repitiendo mucho de lo que yo dije cuando estaba entre vosotros, no porque yo lo dije, sino porque es de razón y de justicia el que cambie la disparatada organización social en que vivís. Repetirlo como yo lo he repetido, levantando mucho la voz, porque los detentadores de las riquezas naturales y artificiales, de todo lo que debe ser del patrimonio de los humanos, libre de inicuos exclusivismos, se hacen los sordos, y a los desheredados, ignorantes y entontecidos por los siglos de esclavitud y de miseria que sobre ellos pesan, hay que espalarlos diciéndoles las cosas muchas veces, ¡muchas!, porque tienen atrofiada la imaginación. Necesitan entendernos y no pueden entendernos tan pronto como fuera de desear, porque son niños intelectualmente considerados, y como a niños olvidadizos hay que llamarles una y mil veces la atención.

Lorenzo ha escrito mucho y bueno. Divulguemos sus trabajos más de lo que están, reproduciéndolos en los periódicos, haciendo con ellos folletos y libros que lleguen a todas partes, con lo que conseguiremos, ya que materialmente nos dejó, que viva espiritualmente siempre entre nosotros, ayudándonos en la propaganda con el inapreciable legado de trabajos intelectuales que nos ha dejado, y tratando de imitarle en cuanto nos sea posible, procuremos, siendo como él, incorruptibles, sin que nada ni nadie nos arredre, como a él no le arredró, llegar hasta el último momento de nuestra vida luchando, como él luchó, en pro de la Anarquía, su aspiración suprema, Sociedad igualitaria en donde mentalmente siempre vivió.

Y mientras tanto, no dejemos de acordarnos de los desamparados seres que constituían la familia individual de Lorenzo, prestándoles nuestra solidaridad.

José Sánchez Rosa

Sevilla.



Amigo y maestro

En dificultoso compromiso me ponéis los compañeros editores de este semanario al pedirme que escriba para el número dedicado a Anselmo Lorenzo; porque lo que yo siento no lo podría explicar y lo que pienso no lo podría encerrar en un escrito. ¿Cómo resumir en pocas palabras las enseñanzas recibidas durante largos años?

En toda mi manera de pensar y de proceder se halla viva la influencia de las palabras y de los ejemplos del maestro. ¡Cuántas veces habré de consultarle en mi memoria y en sus cartas y en los textos de sus numerosas obras!

Así, pues, no un escrito, sino muchos había de dedicarle; todo cuanto yo escriba será un recordatorio del que fué autor, antes que yo mismo, de casi todos mis pensamientos, porque le debo el criterio y la orientación.

Sin embargo, no hemos opinado siempre lo mismo.

En el prólogo de «Via Libre», expuse, respecto a las cooperativas, ideas opuestas a las suyas, o al menos diferentes, recomendándole que modificara lo que le pareciese inoportuno; pero él no quiso hacerlo diciendo que aquella diferencia de opiniones era una buena demostración de la libertad que debe reinar entre los que desconocen la imposición autoritaria y carecen de dogmas.

Ultimamente, al apreciar la significación y consecuencias de la guerra europea, volvimos a disentir y sostuvimos una discusión epistolar, con la pasión que ponen

siempre en sus convicciones los hombres sinceros. La última carta que me escribió terminaba con este párrafo:

«Releído lo escrito al llegar aquí temo que te parezca algo duro y poco amistoso. Por si acaso, declaro que sólo he procurado que resultara claro y justificado, pero deseando que quede firme e inquebrantable la amistad que nos ha unido desde aquel día en que me visitaste cuando corregía pruebas de la *Historia Universal* de Mlle. Jaquinet para la Escuela Moderna; que se fortaleció durante tus estancias en Barcelona, y se reafirmó al ver como brillaba para la buena propaganda *El Porvenir del Obrero*.»

Hace algunos años, comentando el que en todas mis cartas le llamase «amigo y maestro», me demostró su afecto diciéndome que, después de Fernando Tarrida, yo era su mejor amigo. «Tarrida es el primero; tú eres el segundo».

Nunca nos hemos visto ni escrito; tal vez él ignora que yo existo; pero desde que Lorenzo escribió aquellas palabras, estimo a Tarrida como a un hermano mayor.

¿Se comprende por qué todavía no puedo yo escribir de Anselmo Lorenzo, ni de su vida, ni de sus obras? La emoción dominaría mis razonamientos; no podría juzgarle, porque le admiro.

Juan Mir y Mir

Mahón.



Anselmo Lorenzo

Para las mujeres

Ya no está entre nosotros; ya no oiremos su cariñosa voz y para siempre hemos perdido al maestro, al amigo, al hombre honrado que hasta sus enemigos reconocían como el prototipo de la constancia y la firmeza de pensamiento.

Yo no puedo, ni creo que pueda expresar nunca la impresión que sentí cuando me dieron la noticia de su muerte; lloré como se llora al ser más querido, y entonces me dí cuenta de lo que perdíamos todos los amantes del Ideal anarquista al desaparecer él de entre nosotros. Sus ideas, que han quedado muy esparcidas entre millones de seres, irán progresivamente fructificando, pero ¿cuándo y dónde encontrar al que ha de sustituirle? Tal vez pronto, tal vez nunca. Entre tanto, pensemos en honrar su memoria y apretemos cada vez más los lazos de unión entre los que siempre nos sentiremos orgullosos de pensar como él y que su vida y sus obras sean el norte de nuestra vida en el camino de nuestra emancipación.



Han pasado muchos días, y ni uno solo ha pasado sin que yo recuerde el espectáculo de su entierro.

Más de tres mil personas le hemos acompañado a su última morada y casi todas llevan en su semblante las huellas del llanto. Hombres a quienes no han hecho temblar la posibilidad de morir en un presidio ni la miseria, y que se han visto cara a cara con la muerte, en días de represión terrible, han llorado convulsivamente con verdadera amargura al contemplar su cuerpo sin vida ya.

Vamos, Granvia adelante, y una mujer del pueblo, extrañada de ver tantas mujeres en su entierro, dice: *Son sus aprendizas*, creyendo que se trata de un fabricante; es verdad, es un grupo de jóvenes, casi niñas, que van a acompañarle por última vez, que le querían como a un padre y a un maestro de quien habían aprendido ideas de